

EDICIÓN ANIVERSARIO

LAS OTRAS ISLAS

ANTOLOGÍA

loqueleq

*“Hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez
cara a cara, en unas islas demasiado famosas, y
cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel”.*

JORGE LUIS BORGES

Las otras islas, diez años después

“Eternidad que se hace canción, para quedar por los caminos, como un bálsamo de los días vividos”
“Donde caen los sueños”, LEÓN GIECO

Una vez más, nos reencontramos con estas páginas llenas de relatos sobre nuestras islas Malvinas. Como una nueva brisa de otoño, este aniversario donde se conmemoran los cuarenta años de la guerra, los recuerdos de aquellos días vividos en 1982 fluyen y nos movilizan de una manera muy especial.

Las otras islas es un bálsamo de esos momentos atravesados y del después de la guerra. Su lectura nos invita a recorrer diferentes historias que de alguna forma nos interpelan a todos y todas como argentinos. Cada cuento tiene una mirada auténtica y narra experiencias personales que nos permiten sentir ese vínculo profundo que tenemos con las islas que están en el mar del sur.

Esta colección de textos compartidos tiene la intención de acercarlos a los estudiantes y jóvenes una parte de nuestra historia, para que puedan reflexionar sobre lo que nos conforma como argentinos y argentinas. Los jóvenes también deben ser parte de esta lucha. Espero que estas páginas sean un puente para que conozcan nuestra propia juventud, y para que debatamos sobre

los contextos históricos que vivimos. Pero, sobre todo, para que entiendan el motivo de nuestro profundo amor por la causa Malvinas.

8 Evocar el pasado es necesario para no olvidar y para seguir recordando a nuestros compañeros caídos durante el conflicto bélico. La memoria con su verdad nos duele, pero por eso son necesarios estos espacios: para mantener viva la causa a partir de diferentes voces de Malvinas. Estas distintas miradas van a permitir mantenernos unidos, reconstruir nuestra identidad desde lo colectivo y con solidaridad, y sumar a las nuevas generaciones a esta reivindicación histórica.

Malvinas es una lucha que permanece encendida. Es necesario leer *Las otras islas* para conocer quiénes somos y para entender por qué esa ráfaga de viento patagónico nos marca en los sentimientos de las y los argentinos.

Edgardo Esteban

Director del Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur

Febrero de 2022

Palabras preliminares

“La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”.
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *Vivir para contarla*.

Después de treinta años de la Guerra de Malvinas me pregunto cómo narrar a las generaciones venideras ese acontecimiento que marcó a fuego la historia de nuestro país. Es un desafío relatar esos momentos a los jóvenes que tengan la inquietud de entender esa etapa de la Argentina llena de sentimientos encontrados.

Siempre intenté contar mi experiencia de Malvinas sabiendo que no es la única. Hay tantos relatos como protagonistas de la guerra de 1982. Estos nos ayudan a ir reconstruyendo, a pensar sobre las razones que dieron lugar al conflicto bélico y a reflexionar acerca de los errores y los aciertos de nuestra propia historia, la que nos conforma como argentinos. Malvinas es parte de nuestras contradicciones porque simboliza un justo reclamo de soberanía y, al mismo tiempo, una guerra absurda, impulsada por una dictadura militar en decadencia que utilizó ese legítimo reclamo pero que le dio un nuevo y controversial significado a la “causa Malvinas”.

Lo que no nos puede pasar como argentinos es olvidar. Una sociedad jamás será justa si no tiene memoria,

y esa es una batalla que exige una tarea cotidiana. Cómo no recordar el fervor patriótico que generó el 2 de abril de 1982, el anuncio de la recuperación del territorio usurpado por los ingleses en 1833. Una Plaza de Mayo adornada de celeste y blanco, en la que participaron, junto a miles de ciudadanos, reconocidos dirigentes políticos y sindicales. Se aclamó al general Leopoldo Fortunato Galtieri que decía “si quieren venir que vengan, les presentaremos batalla”. Este apoyo casi generalizado que tuvo la decisión de recuperar las islas impidió, luego, asumir la derrota y debatir la utilización política de la causa Malvinas por parte de un gobierno de facto que venía desarrollando desde 1976 una política sistemática de terrorismo de Estado. Luego vendrían el 14 de junio, el final de la guerra y la derrota; y esa misma sociedad que apoyó el intento de recuperación de las islas quiso incendiar entonces la Casa de Gobierno, echó a Galtieri y no volvió a hablar del tema. Malvinas cerró el capítulo de la dictadura y fue un factor decisivo para la reinstauración de la democracia.

Los recuerdos de la guerra son imborrables, están siempre. Aquellas postales de abril a junio de 1982 quedaron grabadas a fuego en la mente de los soldados que contábamos con tan solo dieciocho años. Para los que estuvimos en Malvinas, la guerra fue una experiencia crucial que nos hizo crecer de golpe, al conocer la muerte que nos acechó durante los setenta y tres días que duró el conflicto bélico. Las heridas siguen abiertas y los recuerdos intactos, y cada mañana laten profundo en la conciencia. Es por eso que intento alejarlos, aferrándome a la vida.

A lo largo de estos treinta años traté de rescatar la parte humana de la experiencia de aquellos días en las islas, cuando muchos intentaron silenciarla o esconderla. Pensar en la guerra no es solo profundizar lo vivido en combate, sino lo que vino después, al regreso. La posguerra, tras llegar escondidos por nuestros superiores, implicó un desafío constante para reinsertarnos en una sociedad que nos daba la espalda y que ya no era la misma. Fue el comienzo de un doloroso camino acompañado de sentimientos destrozados por el horror vivido.

11

La bienvenida quedó para el hogar. Emulando sus prácticas de ocultamiento y desaparición, los militares intentaron esconder a los que habíamos regresado, y nos prohibieron hablar sobre el conflicto. Querían que calláramos, y en consecuencia olvidar. Pero expresar lo que habíamos vivido era el primer paso, necesario, para exorcizar nuestro infierno interior y empezar a curar las heridas. Así, el dolor, las cicatrices, las humillaciones, la frustración, el desengaño y la furia quedaron dentro de cada uno de nosotros hasta tornarse, en varias ocasiones, insoportables.

Durante varios años, en los inicios de la democracia, hubo un acuerdo tácito para olvidar la guerra, era una carga demasiado pesada. Nuestra sociedad aceptó el hecho, pero nunca se animó a preguntarse los porqués de esa guerra. Fue ajena, distante; parecía ignorar a los excombatientes. El silencio nos empujó hasta el límite y, en muchos casos, hasta el suicidio. Es por eso que ya son más de quinientos los veteranos que se quitaron la vida, número que supera el de los muertos en combate.

Además de ser los grandes derrotados, parecíamos los responsables de ese fracaso al que se llegó por decisión militar.

La posguerra fue un volver a empezar con la carga de una experiencia que nos partió en dos; un volver a empezar sin reconocimiento ni políticas estatales para los exsoldados. De alguna forma se combatió a los propios soldados, dándonos en buena parte la espalda, obligándonos a la marginación, el olvido, la indiferencia.

12 Recién en 1999 se iniciaron viajes para excombatientes y se consolidaron de manera relevante en los primeros años del nuevo milenio. Veinte años después de la derrota, logramos acciones directas que ayudarían a instalar la causa Malvinas en la sociedad y justos beneficios por parte de los gobiernos.

LOS JÓVENES ACTUALES

Mi regreso a las islas en 1999, en el primer viaje de argentinos, fue una forma de cerrar las heridas. Allí encontré, sobre la turba mojada, entre los pertrechos que dejaron las huellas de la guerra, las zapatillas Flecha, nuestro calzado optativo en aquellos fríos días del conflicto bélico.

Cinco años más tarde, en el santuario de Cromañón, nuevamente las zapatillas simbolizaban la tragedia de la muerte de 197 chicos y chicas. Una vez más, ese calzado típicamente “joven” daba cuenta de la edad de las víctimas de una nueva tragedia. En ese momento recordé la canción “Para la vida”, de León Gieco, cuando dice: “Ayer por no

querer a la patria y ahora por quererla demasiado”. En los setenta mataban a los jóvenes por pensar diferente, en los ochenta nos llevaron a una guerra injusta, como todas las guerras, y en los noventa, con Cromañón, fueron víctimas de la corrupción y del absurdo.

Recién en estos tiempos los jóvenes recobran un nuevo protagonismo en la realidad del país y empiezan a ser tenidos en cuenta. Ojalá podamos lograr un diálogo intergeneracional para que ellos tengan herramientas que les permitan crear el futuro que los espera.

13

A nuestros dieciocho años, en plena dictadura militar, en medio del horror y la muerte de la guerra, pensar era lo que se pretendía prohibir; el silencio y la no libertad eran impuestos y nos vedaban la posibilidad de expresarnos y debatir. El silencio se convirtió en parte de nuestra rutina, vivíamos en un constante clima de omisión, todo se tapaba, todo se ocultaba.

Por suerte hoy la democracia que vamos consolidando permite a las nuevas generaciones expresarse en libertad, pensar, participar, militar (cuantas palabras que para nosotros estaban prohibidas), construir un camino sin muerte, sin sangre, sin guerras. Siento una sana envidia cuando observo a jóvenes, a estudiantes que debaten, fundamentan sus pensamientos, su disidencia, o manifiestan su natural rebeldía en absoluta libertad.

Quiero que mis hijos puedan crecer sin mis cruces, sin mis fantasmas, sin mi angustia, sin mis silencios, sin el temor a las bombas, sin el recuerdo de la turba mojada, del frío austral, del hambre, de la mirada de muerte.

¿Quién piensa en morir en la adolescencia? Tener presente ese pasado ojalá sirva para no cometer los mismos errores.

14 Para los que estuvimos como soldados en Malvinas transmitir a los jóvenes ese pasado es también darnos la oportunidad de resistir e intentar dejar de ser sobrevivientes. Escribir es la forma de sanar, de liberar y, en mi caso, es el mejor remedio para calmar el pesar, sostenerme en la vida y trazar este camino que a lo largo de los años he recorrido. Como adulto me permito compartir mi experiencia para sumar al debate que se hace necesario cada 2 de abril.

A treinta años de la guerra, en las páginas de *Las otras islas* reconocidos escritores argentinos aportan su pluma y relatan la misma búsqueda humana sobre aquella experiencia. A través de ellos, con la lectura de sus ficciones, podremos echar luz sobre un hecho traumático, silenciado y revestido de una carga compleja y reflexionar sobre nuestra historia, revisarla e interpretarla. Los distintos cuentos nos estimulan a pensar y a abrir dimensiones, a ejercer la memoria sobre uno de los hechos más dolorosos de la historia reciente de los argentinos. También ofrecen nuevas herramientas que estimulan a las generaciones posteriores a la guerra a que se hagan nuevas preguntas y busquen respuestas que les permitan tomar posición frente a su realidad como ciudadanos.

Las narraciones de estas páginas honran a esos jóvenes de ayer que perdieron sus vidas sin la posibilidad de elegir

un destino, como también a los hombres que volvieron y decidieron no vivir más por la carga de las batallas. A partir de estos relatos de un pasado común, ojalá construyamos juntos un futuro en paz, cada vez más democrático y justo.

Por la vida.

Edgardo Esteban

Periodista y ex combatiente de Malvinas

Febrero de 2012



La penitencia

Marcelo Birmajer

Marcelo Birmajer

Nació en Buenos Aires en 1966. Es escritor, periodista y guionista.

En Santillana ha publicado para jóvenes los libros de relatos *Los Caballeros de la Rama*, *Mitos y recuerdos*, *No corras que es peor* y las novelas *Escape a la India*, *La Isla Sin Tesoro* y *El túnel de los pájaros muertos*. Para los más pequeños, escribió, entre otras obras, *Juicio al Ratón Pérez* y *Garfios*.

Para adultos publicó los cuentos de *El rescate del Mesías*, *El fuego más alto*, *Ser humano* y *otras desgracias*, *Historias de hombres casados*, *Nuevas historias de hombres casados*, *Últimas historias de hombres casados* y las novelas *No tan distinto* y *Tres mosqueteros*. En 2021 su libro *El compañero desconocido* fue traducido al japonés. Otros de sus libros han sido traducidos al inglés, hebreo, coreano, francés, búlgaro, lituano, estonio, rumano, italiano, alemán, portugués.

Es coautor del guion cinematográfico *El abrazo partido*, ganador del premio al Guion Inédito en el Festival de Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana 2002; del Oso de Plata de Berlín 2004, y del premio Clarín al mejor guion y la mejor película.

Esta historia transcurre durante la Guerra de las Malvinas, entre abril y julio de 1982. Hoy tengo amigos a los que les llevo tres años, y otros tantos que me llevan tres años a mí. A medida que pasa el tiempo, las edades son menos y menos importantes: después de los treinta, el mundo se divide entre mayores y menores de edad, sin hilar fino entre si un amigo tiene cuarenta, cuarenta y dos o treinta y cinco. Pero por entonces, Rafael y yo teníamos quince años y, por los motivos que inmediatamente especificaré, tres años de edad eran una diferencia que separaba a las personas entre la vida y la muerte.

Rafael, como llamaremos al protagonista de esta historia, tenía un hermano mayor que, en abril de 1982, había cumplido dieciocho años, y no quince, como Rafael, ni como yo. De modo que, como otros hermanos de mis amigos, fue enrolado por una dictadura asesina para ir a luchar en esa guerra en el Atlántico Sur.

Rafael nunca había sido revoltoso, ni sus padres tenían mayores motivos de queja respecto de sus hijos. Pero desde que habían mandado a su hermano Lucas a las Malvinas,

Rafael pasaba mucho tiempo en mi casa, porque los padres le gritaban por cualquier cosa. Como yo iba a una escuela estatal, coincidíamos chicos de todas las clases sociales, y Rafael era uno de los más pobres. No era lo que hoy llamaríamos un “pobre”, porque nunca le faltó para comer ni de vestir. Pero toda la familia, padre, madre y los dos hermanos, vivían en un departamento de dos ambientes, y eso por entonces era considerado una carencia, al menos de espacio.

20 El padre de Rafael era sereno en un garaje; pero, desde que Lucas había sido enviado a las Malvinas, no lograba dormir de día, y se dormía por las noches en el trabajo, hasta que terminaron echándolo. La madre era cajera en un supermercado. Pasó a mantener a la familia.

Desde el frente casi no llegaban cartas, porque todo era muy desorganizado. Los padres de Rafael no sabían dónde estaba Lucas ni en qué condiciones. No sabían si lo habían matado, si lo habían hecho prisionero; ni siquiera si había entrado o no en combate. Como no podían hablar de lo único que les interesaba, ni siquiera hablaban. Y tampoco soportaban que Rafael hablara.

Cuando hoy repaso las historias que presencié en el '82, me cuesta aceptar que fui un adolescente en un país en guerra, que estuve junto a padres que miraban la televisión esperando enterarse del destino de sus hijos, que seguía en los diarios la suerte de nuestros hermanos en una tierra que parecía situarse en otro planeta —nuestros jóvenes llegando a las Malvinas como astronautas a la Luna: sin máscara de oxígeno ni traje para

soportar la falta de gravedad—, que escuchaba al almacenero o al mozo confesar su miedo a que los ingleses bombardearan la Argentina. Es difícil concebir, cuando hoy miro una película de guerra por la tele, que yo estuve sentado en silencio, en un living, mientras una madre y un padre miraban el noticiero de una guerra real, donde su hijo era el único protagonista que les importaba, y ningún guionista podía decidir su vida o su muerte. Solo el destino.

Aquellos fueron días terribles. Yo recuerdo gente llorando a mi lado, en un colectivo, mientras miraban pasar una marcha de personas que recolectaban dinero para los soldados argentinos. Recuerdo con precisión a cada uno de los chicos de mi colegio, fueran del curso que fuesen, que tenían un hermano en Malvinas. Y me acuerdo especialmente de Rafael.

Lo que Rafael me contó varios años después fue que sus padres le habían prohibido abrir la puerta del cuarto. El padre y la madre de Rafael ocupaban un ambiente de la casa, y Rafael y Lucas, el otro. Mientras los dos hermanos estaban en la casa, la puerta del dormitorio de los padres permanecía abierta; pero cuando Lucas fue enrolado, los padres se encerraban en el cuarto y le prohibían a Rafael abrir la puerta. Rafael pasaba tardes enteras en silencio, en su lado de la casa. Aunque no era un buen lector, su mayor distracción era la llegada del diario *La Razón*, cuya sexta edición pasaba bajo las puertas alrededor de las siete de la tarde. Recibía el diario y leía primero los chistes, porque le daba miedo leer las noticias de la guerra, miedo enterarse de que su hermano

**PARA MÁS INFORMACIÓN, TE SUGERIMOS VISITAR LA
WEB DEL MUSEO MALVINAS E ISLAS DEL ATLÁNTICO SUR:
[HTTPS://MUSEOMALVINAS.CULTURA.GOB.AR/](https://museomalvinas.cultura.gob.ar/)**

**EN LA WEB DE LOQUELEO, PODÉS DESCARGAR
PROPUESTAS DE ACTIVIDADES PARA LEER, REFLEXIONAR Y
ESCRIBIR ACERCA DE NUESTRAS ISLAS MALVINAS:
[HTTPS://WWW.LOQUELEO.COM/AR/](https://www.loqueleo.com/ar/)**
